

NOTAS BÁSICAS PARA EL ESTUDIO DEL CONTEXTO POLÍTICO-SOCIAL Y CULTURAL DEL NACIMIENTO Y EXPANSIÓN DEL CRISTIANISMO Y SU INFLUENCIA POSTERIOR

Joaquín Antonio LÓPEZ RAMOS

Estudiante del Máster El Mundo Clásico y su proyección en la cultura occidental
de la Facultad de Filología de la UNED de Calatayud

Resumen: El cristianismo nació como una más de las religiones surgidas en el contexto geográfico del Mediterráneo durante las décadas previas y posteriores al cambio del sistema político republicano al imperial en el Imperio Romano. Enriquecido por diferentes influencias judías, griegas, romanas y orientales en general, ¿por qué acabó triunfando esta fe precisamente y no otras, con una fuerza tal que terminaría arrastrando y asumiendo todo el engranaje religioso, social, político y cultural de Roma? A continuación pretendemos solo apuntar algunas causas y consecuencias de la rápida expansión cristiana por todo el mundo mediterráneo, una expansión que se fundamentó en la cultura grecolatina para construir su propia personalidad.

Palabras clave: Cristianismo, judaísmo, cultura grecolatina, Imperio Romano, expansión cristiana.

Abstract: Christianity was born as one more among the religions arising in the geographical Mediterranean context, during the previous and later decades that followed the transformation of the Roman Empire political system from a republic to an empire. Christianity was enriched by Jewish, Greek, Roman and oriental influences. Why did this faith end up triumphing and not others? Why was Christianity so strong that it would drag and completely take on the religious, social, political and cultural machinery of Rome? We intend to point out some causes and consequences of the rapid Christian expansion in the entire Mediterranean region, as well as to highlight that the expansion through the region was based on the Greco-Latin culture that in turn constructed the personality of Christianity.

Keywords: Christianity, judaism, greco-latin culture, Roman Empire, christian expansion.

1. CONTEXTO DEL NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO

1.1. Marco histórico

Tras el paso de Alejandro Magno, la monarquía lágida fundada por la dinastía de los Ptolomeos en Egipto, asumió el gobierno de Alejandría y su región, en la que se ubicaba una importante población judía, asentada en las tierras de Samaría, Judea y

Edom. Así, la cultura griega se encontró con el judaísmo; y, reservándose el hebreo para los sectores literarios y religiosos, el arameo y el griego se aprendieron por parte de grandes capas sociales judías, siendo éste último, además, muy útil para los negocios y la vida comercial de esas zonas. Ese comercio, por otra parte, favoreció la formación de unas clases sociales altas enriquecidas que encumbraron un Sumo Sacerdocio al amparo del Templo¹ que adquirió gran prestigio y poder sobre el culto religioso, y que estableció unos requisitos para pertenecer a la comunidad judía —observancia del calendario de fiestas, de los preceptos sobre los alimentos y la pureza y del matrimonio, entre otros— muy estrictos. No obstante lo anterior, simultáneamente se conformó una aristocracia judía laica más aperturista que las capas religiosas, lo que terminó desembocando en algún conflicto interno.

A lo largo del siglo III a. C., se desataron las Guerras Púnicas que finalizarán con la victoria final de Roma y su supremacía en el Mediterráneo occidental. Entonces Roma fijó su objetivo en la parte oriental, con la Hélade (por su cultura) y Egipto (por su riqueza) como blancos predilectos; las monarquías postalejandrinas, enfrentadas entre sí, no podían superar ni igualarse siquiera a Roma, y quedaron a la espera de acontecimientos. Roma fue tejiendo progresivamente una red comercial, fiscal y financiera, administrada directa o indirectamente por ella, que la auparía en el siglo II a. C. a una posición impensable sólo unas décadas atrás.

Durante ese proceso, en la opulenta y magnífica Alejandría de Ptolomeo II Philadelphós se había instalado una comunidad judía significativa que entró en contacto con la cultura y filosofía griegas, helenísticas más propiamente, representadas paradigmáticamente en su Biblioteca y su Museo, que a su vez, también indagaron en ese judaísmo que tenían a mano. Simultáneamente, la filosofía perdió mucho de su elevado estatus adquirido hasta entonces y se propagaron infinidad de cultos religiosos místicos y toda suerte de métodos adivinatorios que pretendían proporcionar a la población una esperanza de salvación escatológica y un consuelo momentáneo.

Se abrió un paréntesis en las tensiones de la zona y Jerusalén quedó incorporada al Imperio seleúcida. Por entonces se operó en esas regiones, con Alejandría o Jerusalén a la cabeza, una helenización de costumbres y población que dividió claramente al pueblo en ortodoxos y filohelenos, facciones que llegaron a verdaderos enfrentamientos y polémicas religiosas al defender aquellos la transcendencia de Yahvé, y el sincretismo y los viejos dioses del panteón olímpico éstos. Dicha confrontación se dio durante décadas y se recrudeció cuando Roma sometió definitivamente Macedonia en 168 a. C. tras la batalla de Pidna. Zeus llegó al Templo en Jerusalén y se impuso el calendario romano de celebraciones religiosas, de obligado cumplimiento por todos, incluidos los judíos, quienes calificaban todo ello de idolatría.

En consecuencia, se acentúa la helenización del territorio, lo que es rechazado por el sector más ortodoxo judío, hasta entonces respetado en sus creencias y ritos. Posteriormente, el monarca sirio Antíoco IV inició un proceso de helenización para

1. El Templo, centro primordial para la creencia judía, fue edificado por Salomón en Jerusalén en el siglo X a. C. y destruido por primera vez por Nabucodonosor II en 587 a. C.

acabar con las particularidades judías e incluso hubo mártires en esa persecución religiosa. Surgió una reacción en contra, el movimiento de los Macabeos, con Judas Macabeo a la cabeza quien consiguió algunas victorias contra los sirios y restableció cultos. Se creó en los judíos la convicción de que habían sido castigados por sus pecados para luego ser salvados, y que cristalizó en nuevas corrientes ideológicas, como la Apocalíptica.

Para entonces, ser judío solía mantenerse oculto; la pureza –el cumplimiento escrupuloso de los preceptos– y la separación de todo lo no judío eran las dos condiciones a cumplir por toda esa comunidad, en Jerusalén y en toda la Diáspora. El sincretismo se rebajó unos grados en algunos aspectos y los judíos gozaron de cierta libertad de culto. Por ese tiempo, Roma, cansada de las sucesivas guerras, formó la provincia de Asia (Egipto incluido) en la zona oriental del Mediterráneo y pasó a ejercer directamente el control en esa región. Hubo (y habrá) levantamientos de desfavorecidos, pero todos eran sofocados. Escindiéndose entonces en varias facciones, Palestina finalmente se incorporó al gobierno romano.

Bajo paraguas romano y aprovechando la debilidad seleúcida, Israel logró expandirse y ampliar territorios con Juan Hicarno a la cabeza. Esto supuso además una simbiosis entre poder político y poder religioso (Sumo Sacerdocio) e Israel se acercó al *modus operandi* de las monarquías helenísticas contiguas. El reino de Israel se consolidaba. Pero ante la extensión del judaísmo, que conllevaría incluso conversiones forzadas, y ante la no separación de poderes, radicaron las disensiones internas: aparecen los fariseos (más apegados a la ortodoxia, intérpretes de la Torá, desarrollaron normas legales a partir de ésta que no fueron aceptadas por los saduceos; controlaban el culto, los sacrificios y la oración; quedarían como única fuerza del pueblo judío palestino tras la destrucción del Templo); los saduceos (más adaptables al contexto sociopolítico; del judaísmo oficial, pertenecían al *status* social elevado y sólo aceptaban la Torá o Ley Escrita, muy conservadores pero también pro-helenos; resistirán hasta la destrucción de Jerusalén por Tito); los asmoneos, los esenios (fundamentalmente una comunidad monástica con propiedad en común) y los nabateos dentro de los grupos que se retiraban de los núcleos urbanos para encontrar en el desierto la verdadera pureza en la relación entre hombre y deidad; y los zelotas, que encabezarán la revuelta que acabó con la destrucción de Jerusalén.

Al mismo tiempo la Diáspora fue creciendo por el Mediterráneo, Mesopotamia y Babilonia, constituyéndose, de largo, en una comunidad más numerosa que la propia de Israel y erigiéndose en grupos de población bastante influyentes allí donde residieran.

En cuanto a la estructura socioeconómica palestina, podemos distinguir tres estratos sociales: nobleza sacerdotal que regía la mayor parte del comercio y la explotación de tierras; pequeños comerciantes, artesanos y muchos sacerdotes; finalmente, gran número de pobres: jornaleros, esclavos, libertos, etc. Las constantes guerras y conflictos conllevaron mucha miseria para la mayor parte de la población, lo que es reflejado en la Biblia. El primer estrato proveía de miembros al Sanedrín, organismo administrativo y jurídico. La economía se fundamentaba en la agricultura y la ganadería, y, en menor medida, en la artesanía y el transporte de mercancías, sobre todo por medio de caravanas (grandes rutas comerciales confluían en la zona). Los cálculos de población hablan de 700.000 habitantes en Palestina en esta época.

Tras algunos signos de debilidad mostrados por Roma a finales del siglo II a. C., ciertos reinos periféricos trataron de poner en riesgo su poder, siendo Mitridates VI del Ponto quien lo hizo con más vehemencia. Vencido finalmente por Pompeyo –tras los conflictos de Mario y Sila, la destrucción de Delos, las revueltas de esclavos y la limpieza de los focos de piratería del Mediterráneo–, éste quedó como árbitro único de la situación de la zona, salvaguardando los intereses económicos (aunque también políticos) de Roma, y plegado a los intereses de las empresas públicas, sus capitales y sus funcionarios. Ante la nueva autoridad que se disponía a reordenar el territorio asiático se plegaban reyes, reinos y polis, e Israel dirimió una guerra civil entre los hijos de Alejandra Salomé, Hicarno y Aristóbulo II, en la que también participaron otros dirigentes de la zona llevados por intereses particulares, como Antipas de Idumea. En la disputa fratricida y siempre bajo los ojos pompeyanos se erigió un tercer poder, un consejo de notables judíos que se presentaba como defensor y portavoz del pueblo, el local y el de la Diáspora, el Gran Sanedrín. El arbitraje de Pompeyo estableció que Israel fuera uno de los protectorados vasallos de Roma, con Hicarno como Sumo Sacerdote y máximo representante del Sanedrín y Aristóbulo enviado a Roma como rehén. Pero no todo quedó aquí porque Pompeyo entró finalmente en Jerusalén y profanó el Templo, lo que enervó mucho a la comunidad judía, un germen de posteriores revueltas y resistencia contra los romanos. Por entonces surgieron acusaciones contra los judíos que luego se formularían también contra los cristianos: eran una comunidad iletrada y muy cerrada, no admitían a otros seres y no practicaban la religión oficial.

El mando militar en la zona fue conferido a Antipas, árabe, aliado pompeyano en la reacción contra las revueltas y de Roma en la guerra contra los partos, que se habían convertido en la nueva amenaza oriental. Antipas se alió con Roma y con Craso, pero éste cayó estrepitosamente en Carras, lo que dejó a Pompeyo y a César (superado ya el primer triunvirato) como los únicos gobernantes del imperio, pero sin estar dispuestos a gestionarlo en común. El árabe siguió siendo fiel al bando pompeyano lo que le reportó, eliminados por Roma los posibles rivales, el control político total sobre Palestina. Por estas fechas, César llegó a Egipto, muerto ya Pompeyo, y se dirigió al Ponto a combatir a Farnaces atravesando Palestina. Ésta quedaba con separación entre autoridad religiosa, Hicarno, y autoridad política, Antipas (quien con el amparo de Roma, estableció como hereditario su poder), pero integrada en el Imperio como una región más, y con la concesión de *religio licita* otorgada por Julio César para todos los judíos, dentro y fuera de Israel, en el año 48 a. C. Antipas repartió el gobierno de las diferentes regiones entre Herodes y Fassael, sus hijos, que comenzaron a conducirse en su desempeño del gobierno de manera despótica, bajo el amparo romano, lo que provocó aún más hostilidades que también se apoyaban en la inestabilidad del Imperio tras el asesinato de César. La principal consecuencia de todo esto fue también el envenenamiento de Antipas. Herodes sucedió a su padre a la vez que buscaba el apoyo romano de Marco Antonio, al mando de la zona en el reparto del II triunvirato tras el asesinato de César.

Después de un ataque parto en coordinación con exiliados palestinos que tomó Jerusalén, Herodes acudió a Roma a pedir ayuda y Octavio y Marco Antonio –Lépi-do ya había caído–, una vez repartido el Imperio, decidieron reponer a Herodes en el trono para fortalecer la frontera con los partos. Herodes se había salido con la suya,

más aún cuando Jerusalén fue recuperada. Con todo, no fue un rey muy popular por sus devaneos paganos debidos a su sumisión a Roma y su particular forma de entender el gobierno. “*El poder se asentaba ahora sobre cuatro fundamentos esenciales. [...] la crueldad, [...] la acumulación de riquezas, [...] la amistad de los poderosos de Roma, [...] y las reclutas militares que le permitieron disponer de un ejército.*”² A principios de la década de los 30 a. C., Herodes gobernaba Israel con suficiencia aunque en el horizonte se alzaba otra vez Cleopatra, apoyada de nuevo en su matrimonio con Marco Antonio, la cual pretendía anexionar a Egipto varios reinos al norte, entre ellos el israelí. Cuando los esposos se suicidaron derrotados, Herodes se presentó ante Octavio como una víctima más del expansionismo egipcio y ofreció su colaboración al nuevo dueño de Roma. Éste lo confirmó en su cargo, en el que residiría cuatro décadas. En este contexto se produjo el nacimiento de Jesús; Herodes moría el año 4 a. C., tras haber librado una batalla sorda por el poder con su hijo Antípatros.

Por aquel entonces, en los años del nacimiento de Jesús y bajo el principado de Augusto, fundamentalmente se dan tres posiciones en Israel frente a la dominación romana: la de los partidarios de Herodes, que pretendían mantener el *status quo* para salvaguardar su elevada posición; la de los saduceos, más fieles al judaísmo pero cediendo en lo necesario para seguir teniendo su cuota de influencia; y la de los fariseos, más ortodoxos y minuciosos en el cumplimiento de los preceptos, hasta el punto de dar más importancia a las formas que al fundamento teológico de su religión. Además habría grupos más violentos más tendentes a la resistencia armada, como los zelotas. A la muerte de Herodes el Grande, Roma dispuso dividir los territorios entre sus tres hijos pero una serie de revueltas sociales y otros acontecimientos como la desaparición de uno de éstos, determinó a Roma a tomar el mando político y militar directamente, quedando la zona bajo un procurador romano (puesto que con el tiempo ostentaría Poncio Pilato), aunque con el gobierno subalterno de ciertas regiones desempeñado por los restantes hijos de Herodes el Grande, Filippo y Herodes Antipas. Es en este momento en el que se sitúa la “vida pública” de Jesús.

1.2. Marco cultural

1.2.1. La influencia helenística

Paralelamente a este proceso político, en los tres siglos previos al cambio de era y como heredero de la Grecia clásica, se desarrolla el helenismo en toda esta zona oriental del Mediterráneo, en cuyo seno se forjarán las religiones monoteístas, judaísmo y, sobre todo, cristianismo.

Por ese tiempo, Alejandría era el centro cultural del momento, con una gran e importante colonia judía que, precisamente por residir allí, mantuvo una pugna teórica con la filosofía helenística en la que se ponían de manifiesto puntos de unión y de fricción con las diferentes corrientes de pensamiento, sobre todo con el neoplatonismo. Para el helenismo, en su concepción cosmogónica antigua, la tierra es un punto

2. SUÁREZ BILBAO, F., *De Jerusalem a Roma. La historia del judaísmo al cristianismo (de 272 a. C. a 392 d. C.)*, Madrid, Ariel, 2006, págs. 223-224.

insignificante en medio de la inmensidad del cosmos, del universo. Y como proyección de esta idea en un plano más cercano, el hombre es otro punto insignificante en el devenir del mundo y su existencia es totalmente prescindible (diferentes teorías hablan de los avatares humanos como meros juegos de niños, juegos de títeres, teatro, etc.). Todo está en manos del destino, de la fortuna. En importantes autores antiguos como Platón y un largo etcétera, quedará plasmada esta concepción, la cual planteaba igualmente una progresiva decadencia del propio mundo, una degeneración gradual que se repite en un ciclo eterno; mientras, el judaísmo ve esa evolución de manera lineal y conducente a una meta final con un papel más activo del hombre en el proceso. Y había más diferencias, siendo una de las principales el concepto de transcendencia de Dios, que es sustancia, simplemente *es*, frente a representaciones antropomorfas que el judaísmo abominaba y abominará, o a concepciones platónicas o aristotélicas que lo *reducían* a un simple motor universal que crea, cuando el dios de los judíos es no-creado porque sólo es materia e incluso no tenía un nombre propio.³

Además, todo ello se fue forjando en una atmósfera de gran esperanza ante la venida del Mesías que habría de salvar y restaurar el reino de Dios en la Tierra, un Mesías que algunos estratos sociales de muchas poblaciones con comunidades judías esperaban de forma inminente. De ahí, la propicia atmósfera existente cuando nace Jesús.

Así pues, había surgido en muchos sectores de la sociedad y en muchas regiones a la vez una inquietud filosófica y religiosa que terminaría por encontrar en el pensamiento platónico una respuesta acorde a sus interrogantes. Este nuevo platonismo, Neoplatonismo, se basa en la síntesis de diversos pensamientos filosóficos pero siempre con Platón como eje central, en la convergencia religiosa y en la individualización de la persona frente al Estado, frente a la política. Para este pensamiento, dios es la única causa del ser, del alma y del cuerpo y de todas las cosas, siguiendo todos los elementos la voluntad divina; continuando la senda platónica, esa vida es un camino oneroso para el hombre, cuya alma está encerrada durante la existencia en el cuerpo, despreciable desde muchos puntos de vista, una línea de pensamiento muy cristiano casi desde el origen y que abrió la puerta a la vida contemplativa, y con ello a la abstinencia, la penitencia, el autocastigo corporal, la frugalidad, etc., elementos que no está claro aun hoy dónde hunden sus raíces y que, no obstante, tomarán luego, entre otras, la disciplina gnóstica y las prácticas monacales; sin embargo, también existen divergencias, como el rechazo a las teorías de la transmigración de las almas o la de la creación del mundo.

1.2.2. La influencia romana

La religión romana no permaneció inalterada desde su origen sino que fue cambiando y acumulando influjos externos a lo largo de su historia, aunque algunas características y componentes sí que fueron comunes a lo largo de los siglos: el

3. Como muestra, todo este ambiente intelectual alejandrino se sintetizó en la figura del filósofo judío Filón, que trató de aunar fe y ciencia, filosofía y Torá, desde una óptica neoplatónica pero siempre con un exhaustivo análisis de las Escrituras Sagradas. De gran influencia posterior, también sirvió luego de punto de arranque a las escuelas cristianas.

sacrificio ritual, el control del ámbito religioso por parte de la aristocracia (control extendido a las diferentes manifestaciones religiosas que se encontraban en los territorios conquistados), la propia integración en el panteón romano de las divinidades y cultos locales, y la *religio*, la razón religiosa que expresa la relación especial con la deidad propia del pueblo romano –frente a la *superstitio*, praxis propia de los barbaros y rayana con la magia–.⁴ En la frontera entre la república y el sistema imperial, el entramado religioso romano se adentró en cierta crisis (agotamiento de dicho modelo, crítica ideológica por parte de algunos intelectuales, etc.) que provocó la aparición de múltiples manifestaciones religiosas que trataban de suplir, llenar o completar las carencias del sistema imperante hasta entonces (la reforma augústea también iría en ese sentido), acogidas por todas las clases sociales: surgen predicadores, hombres-milagro, se institucionaliza el culto de divinidades extranjeras, aparecen prácticas mágicas de toda condición, misterios orientales de toda clase (con el secretismo de los ritos iniciáticos, su promesa de salvación en el más allá, etc.), y que establecen una nueva relación entre el dios y el creyente-practicante con nuevos ritos y una diferente expresión del sentimiento religioso. Y es aquí donde hay que incardinar el cristianismo, que comparte con esos cultos novedosos varios rasgos. Con todo, dichos misterios no llegan al imperio como surgen en origen sino que también se transforman para adaptarse al nuevo contexto al que llegan (ejemplos de Serapis, Isis-Osiris, Cibeles-Magna Mater, Mitra) y que también en parte padecerá el cristianismo con Pablo de Tarso. El componente común de la salvación⁵ es de los

4. Hay autores que hablan de la religión romana como una religión “de victoria”, es decir, que se practicaba y, al mismo tiempo, propiciaba, ayudaba en las conquistas del propio Imperio y de sus dirigentes, desde la casa imperial hasta las clases y familias de alcurnia en los ámbitos municipales. Sobre todo a partir del siglo I a. C., y principalmente en el período imperial, era una marca de distinción, de prestigio el llevar a cabo ceremonias (costeadas por estas capas elevadas de la sociedad) para celebrar las hazañas conseguidas, casi siempre como colectividad, como pueblo.

Esos mismos autores hablan también de una decadencia (y posterior entrada en barrena) del paganismo en paralelo al declive militar y territorial del Imperio y al ascenso simultáneo del cristianismo, fenómenos que, entre otras causas, se explicarían porque los costes de esa religión romana ya no serán asumibles por unas oligarquías municipales cada vez más depauperadas y porque, en conexión y como contrapartida, el cristianismo ofrecerán más posibilidades de salvación que la religión pagana tradicional. Y a ello no sólo habría de sumarse el cristianismo sino también el culto a Isis o a Mitra, que llevarían a cabo procesos similares.

5. Tradicionalmente se considera que la muerte soterica de Jesús era una influencia, un concepto judío que pasó al cristianismo, pero en las últimas décadas los estudios del Antiguo y el Nuevo Testamento se inclinan a pensar que se trata de una idea tomada directamente de la tradición clásica, sobre todo griega: de la tragedia, por ejemplo con *Alceste* de Eurípides, y de infinidad de ejemplos de personajes y leyendas recogidos en la literatura griega y también romana, a los que se suma el concepto de la muerte por amor, del sacrificio propio en vez del otro que se extendió por la literatura (sobre todo la novela) grecolatina de los siglos II y I a. C., e incluso después. Pero la aparición de ese *topos* en la literatura no parece ser más que un reflejo de una actitud recurrente en la vida diaria (el sacrificio por las ideas, por la vida de un familiar directo o del general, por la patria e, incluso, por el emperador). Su origen se ha demostrado no sólo griego sino también romano, itálico, y todo ese caudal –que se podría aunar bajo la denominación de helenístico– fue del que Pablo, principal impulsor del relato soterico de la muerte de Jesús y perfecto conocedor de la cultura helenística y del griego, se valió para sus escritos y epístolas que tan gran influencia tuvieron, a su vez, en la conformación de los evangelios. Todo lo anterior no quiere decir que la tradición judía no tuviera peso específico en la formación de esa idea de muerte salvífica de Jesús, pero sí que aquella no sería la única ni, quizá, la más decisiva. (Seguimos aquí lo expuesto por VERSNEL, H. S., “La muerte de Jesús

más importantes fundamentos de esta clase de religiones; el fiel se inicia en la nueva creencia por medio de los misterios –nace a la nueva vida, la nueva religión–, y así se compromete a seguir los preceptos con la promesa de la salvación en la vida ultramundana; y junto a ella también es significativo que esos dioses hayan tenido alguna relevancia histórica o vivencial que sirva de modelo a sus fieles: “[...] a la gente le resultaba cada vez más fácil considerar dioses a hombres excepcionalmente poderosos, porque estaban perdiendo la fe en la existencia o por lo menos en la eficacia, de sus dioses tradicionales.”⁶ El sacrificio también está presente pero es la divinidad quien lo lleva a cabo o la propia víctima, logrando una *mejora* posterior a la vida terrena que el creyente alcanzará igualmente siguiendo los pasos del arquetipo divino. Todo ello allanaba el camino al cristianismo.

Simultáneamente, la religión oficial fue despojándose de su sentimiento y contenido religioso, quedando como un conjunto de ritos, públicos y privados, que ayudaban en ciertos momentos pero que no procuraban la salvación eterna; es una época de grandes inquietudes espirituales, reflejadas en algunos autores que criticaban el exceso de fe, la importancia de los hechos sobrenaturales y la mezcolanza y el sinnúmero de creencias locales e importadas que se propagaron por todo el Imperio, y todo ello en fuerte oposición a los elementos racionales establecidos hasta entonces. Características filosóficas, mágicas, oraculares, adivinatorias, mistericas, sobrenaturales, demoniacas, etc., se funden en varias corrientes y creencias que se erigen por entonces ante doctrinas anteriores ya establecidas. Como muestra, se había aceptado que entre el mundo terrenal y el mundo divino hay unos canales de comunicación y unas entidades comunicativas, transmisoras en ambas direcciones, que fueron identificadas y utilizadas tanto por paganos como por cristianos. “*Prácticamente todo el mundo –paganos, judíos, cristianos y gnósticos– creía en la existencia de aquellos seres y en sus funciones de mediadores, aunque podía variar el nombre que se les atribuía: demonios, ángeles, eones o simplemente “espíritus” (πνεύματα).*”⁷ De la misma manera, se creía en la función adivinatoria y premonitoria de los sueños, y se desarrolló una cultura de la interpretación onírica que resultó transversal religiosa y socialmente. Igualmente ocurrió, bajo cualquier credo, con profetas, médiums, intérpretes de lo sobrehumano, visionarios, etc., en una herencia que parece remontarse más allá de la época de penetración indoeuropea. (Y todo ello sería luego canalizado e institucionalizado por el cristianismo.)

En otro plano, al margen de las conexiones entre el mundo humano y el mundo divino, el hombre trató de establecer también una conexión *especial* con la divinidad con el fin de transformarse, purificarse y/o identificarse plenamente con él,

como acontecimiento de salvación: influencias paganas en la doctrina cristiana”, MUÑIZ GRIJALVO, E., y URÍAS MARTÍNEZ, R., (eds.), *Del Coliseo al Vaticano. Claves del cristianismo primitivo*, Sevilla, Fund. J. M. Lara, 2005, págs. 33 a 56).

6. MOMIGLIANO, A., *De paganos, judíos y cristianos*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1992, págs. 162.

7. DODDS, E. R., *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1975, pág. 62.

fundiéndose en un ente nuevo o totalmente renovado. Es la denominada experiencia mística por la que, a través de la contemplación, el conocimiento puro o la filosofía, lo humano alcanza dimensión divina y la simbiosis con la divinidad. “Y si aceptamos como “místico” en sentido amplio cualquier intento de establecer un puente psicológico entre el hombre y la divinidad, podremos afirmar que la mística era algo endémico en casi todo el pensamiento religioso de este período y que cada vez ganó más fuerza, [...]”⁸ Esas experiencias místicas eran de diferente índole pero siempre con el mismo objetivo, alcanzar la transcendencia para acercarse o llegar a unirse al ser divino.

1.3. El cristianismo se posiciona

En este contexto juega un papel determinante el cristianismo que, a la par que todas estas corrientes, comparte con ellas algunos rasgos y tendencias propios de estos tiempos: búsqueda de una relación más estrecha con la divinidad, intervención efectiva y benéfica de ésta en la vida cotidiana, adhesión a un grupo de iguales, etc. En un tiempo de insatisfacción espiritual, el cristianismo surge como una opción más del abanico de posibilidades, pero por su fuerza teológica en alguno de sus planteamientos arrastró a muchas más personas, sobre todo entre las capas sociales más desfavorecidas. Sin embargo, el pronto desarrollo de una base teórica (bien fundamentada y cimentada en la cultura pagana clásica) también satisfizo relativamente rápido a capas intelectuales altas que igualmente se convirtieron a la nueva creencia.

Por consiguiente, la relación entre cristianismo y cultura y filosofía griega es estrecha. La filosofía y la cultura griegas, en los tres siglos precedentes al nacimiento de Cristo, que supusieron la creación de una cultura *mundial*, fueron decisivas en la aparición y posterior extensión del cristianismo, además, por supuesto, de otros componentes fundamentales, como el judaísmo o el elemento romanizador. Igualmente, hay que tener en cuenta que el cristianismo se extiende primero por la parte griega del Imperio, por lo que al mismo tiempo se produce una helenización del cristianismo partiendo de la lengua griega, herramienta primigenia del Nuevo Testamento y los primeros tiempos apostólicos. El griego, que como el latín y la cultura romana, proporcionará al cristianismo innumerables conceptos y estructuras del lenguaje, y un vocabulario completo, se utilizó porque gran parte de la población judía ya estaba profundamente helenizada y su uso bastante extendido, por lo que es la herramienta utilizada por los apóstoles primero (San Pablo) y por los misioneros cristianos de posteriores generaciones (Esteban), hasta el punto de que el propio nombre de los seguidores de la nueva secta *christianoi* es originario de la ciudad griega de Antioquía. Junto a este uso de la lengua también son de filiación helénica los géneros literarios que los primeros cristianos utilizaron para la difusión de sus enseñanzas y doctrinas, como son las epístolas, los *hechos* o *praxeis* –actos y dichos de hombres ilustres recopilados por sus discípulos–, sermones, diálogos, etc.,

8. DODDS, E. R., *op. cit.*, pág. 135.

a imagen de los filósofos griegos de diferentes escuelas, además de otros géneros menores. Incluso el mismo hecho de *conseguir* nuevos adeptos para el cristianismo, el proselitismo, es una práctica que los filósofos de esas distintas escuelas de pensamiento griegas llevaban siglos realizando, para difundir sus doctrinas y sumar acólitos.

Y con todos esos instrumentos propios de la cultura griega, los misioneros cristianos se lanzan a la evangelización, primero del Oriente próximo y luego del Imperio más occidental, utilizando las bases y fundamentos que ya poseían los individuos que se habían convertido en objeto de dicha evangelización: esa herramienta básica, ese ariete, era la *paideia* griega revestida ahora de cristianismo, renovada, actualizada, con el fin de lograr avanzar en la extensión del cristianismo.

2. ESCISIÓN DE JUDAÍSMO Y CRISTIANISMO

Tras la desmembración del reino de Israel, su posterior desaparición y el surgimiento de la Diáspora a la espera de un nuevo advenimiento del rey que estableciera el nuevo reino, la llegada de Cristo pareció colmar todas las esperanzas, puesto que el mismo Jesús no renunció nunca a su origen judío, como se afirma en el Nuevo Testamento. Jesús no rompe con el judaísmo sino que critica a los que se quedan en el precepto y no *viven* su fe, a los que simplemente la profesan de manera aséptica, sin profundizar ni ponerla totalmente en práctica. Y es entonces también cuando Jesús, como el judaísmo hacía tres siglos, se topa con el helenismo; pero el de Nazaret no pretende fundir Estado y religión en un solo concepto sino que pretende refundar al hombre, al margen o más allá del sistema político, los cargos o las personas por el que éste sea regido.

Sin embargo, a los pocos años de la muerte de Jesús esa combinación judeo-cristiana se escindió porque no era necesario ser judío para ser cristiano⁹ y profesar esa fe¹⁰: el cristianismo no se ocupaba sólo de los judíos sino de todos los seres humanos, por lo que ya se trataba de dos cosas distintas, diferenciadas. Consecuencia de ello

9. El judeo-cristianismo es una “...forma cristiana de pensamiento, que no implica un vínculo con la comunidad judía, pero que se expresa en esquemas mentales propios del judaísmo” (BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., *El nacimiento del cristianismo*, Madrid, Síntesis, 1990, pág. 41). Aquí se engloban los judíos convertidos y los fieles provenientes del paganismo, siendo una comunidad muy antigua, nacida de los Doce y luego bajo el gobierno de Santiago, y que convivió paralelamente con la Iglesia en los primeros siglos. Bastantes de estos cristianos seguían observando la Ley judía mosaica aunque con prácticas cristianas.

10. El judaísmo suscitaba entre algunos intelectuales contemporáneos romanos cierta admiración debida a su preocupación por el respeto a la tradición, la ley y la pureza. También había otros grupos: “*El número de admiradores del judaísmo era tan elevado que [...] sabemos que los judíos tenían una designación específica para ellos: los llamaban los ‘temerosos de Dios’.* En general estos admiradores no acababan de hacerse judíos, pues no se animaban a dar el paso de aceptar la circuncisión y de someterse a las minuciosas leyes alimentarias y de todo tipo. Estos ‘temerosos de Dios’ fueron el mejor vivero de conversos a la nueva secta judía que no exigía la circuncisión ni tampoco unas estrictas leyes dietéticas, y sí mantenía el sistema de ayuda mutua.” (MUÑIZ GRIJALVO, E., y URÍAS MARTÍNEZ, R., (eds.), *op. cit.*, pág. 282). Como se ve, también el cristianismo captó adeptos aquí.

fue que, en pocas décadas, los cristianos habrían de considerar a los judíos como enemigos, no como viejos hermanos. Jesús, un rabino judío, un maestro que frecuentaba la sinagoga y que afirmaba que había que preocuparse más por las personas independientemente de su condición y no tanto por el cumplimiento estricto y escrupuloso de la ley judía y sus preceptos, comenzaba a inclinar la balanza a favor del cristianismo después de su muerte. Este proceso de escisión fue bastante veloz.

De vuelta al siglo I d. C., tras el período de vida pública, el apresamiento, el proceso judicial y la ejecución final de Jesús (quien tuvo la oposición de los fariseos por la interpretación de la Ley que hacía, y de los saduceos por esperar la venida del Reino Celestial, y que muere en un proceso político al haberse proclamado “rey de los judíos”, sin existir causas religiosas, pues predicaba el perdón de los pecados y la ayuda a los más necesitados), nace la Iglesia –algunos afirman que ya se había formado con la conjunción de los apóstoles– como una comunidad pequeña de personas que había de difundir el mensaje y las enseñanzas de Jesús a partir de testigos y testimonios directos. Los primeros acólitos se cuentan entre los judíos, profesando una fe monoteísta y revelada y que se aleja del cumplimiento escrupuloso de las prácticas mosaicas. Pero pronto, a este grupo de cristianos judíos –todos ellos se seguían circuncidando– se suma un grupo de cristianos helenistas. Luego llegan los que vienen más allá de Israel, ya que se han rebasado las fronteras; éstos no están tan apegados al Templo y los estrictos preceptos. El cristianismo se hace proselitista y se extiende rápidamente, hasta el punto de llegar a Roma su predicación en menos de tres décadas desde la muerte de Jesús.

Entretanto, en Roma se sucedían en el trono Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, y en Palestina es Agripa Herodes quien, con el beneplácito de Roma, rige Israel. Pero comienzan los problemas: entre las exigencias romanas y la desobediencia judía va generándose un abismo que desembocará en revueltas violentas. Roma trata de aplacar los problemas entregando los territorios a Agripa Herodes, de educación romana y amigo personal del emperador Claudio, quien le otorga el rango de procónsul y le permite reunificar casi todo el reino para beneficio propio de Roma, pues así se podía organizar mejor la defensa fronteriza. Agripa también siente la inquietud ante los cristianos emergentes, que también le transmiten los judíos y trata de comenzar a combatirlos o incluso erradicarlos, pero el monarca muere prematuramente en el 44. No obstante y antes de eso, ya había ejecutado a San Jacobo, Santiago, constatando así que judaísmo y cristianismo se estaban escindiendo y comenzaban a separar sus caminos.

Había comenzado, pues, la evangelización, primero puesta en marcha por los propios apóstoles y luego continuada por seguidores y discípulos. Jerusalén, Antioquía, Alejandría fueron los centros de operaciones, sobre todo los dos primeros, propagándose la nueva fe por el arco mediterráneo oriental. Es el tiempo de la predicación de Pedro, Pablo, Felipe, Bernabé, etc., y por proximidad, los primeros prosélitos se buscan en las sinagogas; también es ahora cuando se tratan de unificar unidad de acción, organización de comunidades, jerarquía eclesiástica y quizá se comienza a trabajar con los primeros escritos que fijan la doctrina. A los pocos años de la muerte de Jesús, por consiguiente, el cristianismo ya está bastante organizado, y es en esa estructura en la que Pablo se apoyará para su misión evangelizadora llevando la

nueva fe a cotas y territorios –Roma, Atenas, Corinto, Tesalónica, etc.– impensables hasta hace poco.¹¹

Mientras tanto, en Jerusalén las tensiones entre judíos y cristianos se acrecientan sin que el regente hebreo, Agripa II, pueda atajarlas debido al escaso margen de maniobra impuesto por las autoridades romanas: Pablo es encarcelado y trasladado a Roma y los judíos se sienten cada más ninguneados por Roma. Estamos ya en la década de los 60 y Pedro también se ha instalado ya en Roma, fijando allí la capital cristiana: “[...] *tras la muerte de Jacobo (Santiago el Menor, según la tradición cristiana heredada) [el cristianismo] perdió sus vinculaciones con Jerusalem, de la que todos los apóstoles habían salido. El hecho de que Pedro y Pablo se afincaran finalmente en Roma, extinguiendo aquí su vida durante la primera persecución decretada por el emperador, reviste importancia decisiva para el futuro de Europa: la Iglesia no tendría sus cimientos en Eretz Yisrael sino en el Imperio Romano, usando sus vías de comunicación, sus lenguas oficiales, latín y griego, y sus estructuras municipales para la difusión de la doctrina y la fijación de sus organismos.*”¹²”

Por consiguiente, que el cristianismo se extiende y se ensambla perfectamente queda igualmente demostrado por esa cruenta persecución a la que es sometido por parte del emperador Nerón entre el 64 y el 67, período en el que mueren también Pedro y Pablo. Roma no comprende el cristianismo pero lo percibe como una fuerte

11. En este punto, se plantea una pregunta interesante y crucial: ¿fue el cristianismo fundado por Jesús o fue un *producto* creado por sus discípulos y seguidores tras la muerte de aquél? (Seguimos aquí la exposición de PIÑERO, A., “Del Jesús histórico a Pablo de Tarso. La cuestión del fundador del cristianismo”, MUÑIZ GRIJALVO, E., y URÍAS MARTÍNEZ, R., (eds.), *op. cit.*, págs. 89 a 136.) Jesús, fuera de toda duda, fue un personaje histórico pero, ¿hasta qué punto podemos deducir de las fuentes cuál fue su conciencia sobre su propia condición divina? Analizando los evangelios se establece que ese Jesús histórico en ningún pasaje se reafirma, se autodenomina como hijo de Dios, como una auténtica deidad en la Tierra. Además, en la vida pública Jesús aparece como un rabino normal, al uso del judaísmo propio del siglo I, con un respeto a la Ley muy profundo, sin que promulgue actos o palabras en contra de la creencia mosaica. La tradición de que Jesús rompió con el judaísmo es posterior, una interpretación de los seguidores del Nazareno. Igualmente, la concepción de Dios del Jesús histórico tampoco difiere de la habitual de su época, sin rupturas o innovaciones. Y de la misma manera, no existen en los evangelios –salvo una en el de San Mateo– referencias a la formación de una estructura jerárquica que articulara Jesús, ni a la jefatura de Pedro en esa “iglesia postjesuítica”; más bien al contrario, ya que se desprende de los textos que Jesús tenía el convencimiento de que el fin de los tiempos estaba cerca y se establecería el Reino de Dios –creencia apocalíptica muy corriente en esa época también en esa zona mediterránea y entre la comunidad judía particularmente–. Y así, la Iglesia como organización sería una creación posterior a la muerte de Jesús por parte de sus seguidores al no producirse la venida de Dios. Frente a todo ello, décadas más tarde será Pablo quien reelabore esa figura del Jesús histórico para convertirlo en la del Jesús de la fe, reafirmando su condición de ser divino, de Dios encarnado en figura humana, de la condición salvadora para toda la humanidad (no sólo para el pueblo de Israel), de esa nueva religión, de ese conjunto de sentimientos religiosos –lo que se constituirá luego en cristianismo– frente a las concepciones judías o judeocristianas propias del Jesús histórico; se produce entonces la separación entre los dos sistemas monoteístas, no en el tiempo de vida del Jesús histórico. Y también es ahora cuando se establecen ciertos fundamentos importantes para el futuro sistema de creencias cristiano, como el que Jesús ha muerto por la salvación de la humanidad (soteriología), que la Ley Mosaica no es tan nuclear como el valor de la fe, etc., y todo ello es construido, levantado, reflexionado por Pablo, quien se erige así en el verdadero fundador de la iglesia católica cuyo impulsor había sido, sí, el propio Jesucristo.

12. SUÁREZ BILBAO, F., *op. cit.*, pág. 288.

amenaza a su estructura estatal y social, por lo que comienza a combatirlo. Y todo ello demuestra ya también la separación entre cristianismo y judaísmo, el cual seguía gozando de su estatus de *religio licita*; pero mientras éste se limita a un contexto étnico y casi siempre bien focalizado y localizado, la fe cristiana se extiende más allá de las diferencias sociales, raciales, geográficas, económicas, etc.

Por otra parte pero casi simultáneamente, en Palestina la tensión estalló definitivamente por las continuas exigencias de las autoridades romanas a los judíos y la insurrección hebrea se materializa en el 66, con levantamientos que parten el país y que progresivamente fueron virando de posiciones religiosas a nacionalistas. Tras la toma de algunos enclaves importantes como Masada por los judíos y alguna derrota romana, F. Vespasiano es nombrado como general encargado del sofocamiento. Tras el asesinato de Nerón, le sucederá en el cargo y al mando de las operaciones en Palestina quedará su hijo Tito quien, pese a la intención de lograr una solución más o menos pactada, incluso con un matrimonio con Berenice, hermana de Agripa II, no tuvo más remedio que sitiar Jerusalén y utilizar toda la fuerza de la que disponía. Y a pesar de los intentos de conservar el Templo, éste se incendió en los combates y se destruyó casi completamente. Los cristianos habían huido de Jerusalén, no estando de acuerdo desde el principio con las revueltas, y Roma se anexionó el territorio despojando a los judíos de su Tierra Prometida. La ruptura se había consumado definitivamente.

3. EXTENSIÓN DEL CRISTIANISMO POR EL TERRITORIO IMPERIAL: CAUSAS Y CONSECUENCIAS

3.1. Extensión geográfica y fijación del canon textual

Con la consolidación cristiana se delimitan zonas geográficas en plena expansión de la fe, que propagan la religión en sus respectivas lenguas: Egipto, Palestina y Siria, en copto; Asia Menor, en griego; Roma y Occidente, en latín; e igualmente Partia y los territorios extraimperiales. Pero el griego y el peso de la zona de Asia Menor siguieron siendo muy importantes en este siglo y en el siguiente. Y también entonces se produce la fijación de los textos canónicos entre todos aquellos que estaban en circulación, quedando como tales los de Mateo, Marcos, Lucas y Juan, de la segunda mitad del siglo I todos ellos. La diversidad y la cantidad de versiones de los textos sagrados, en la vía judía y en la cristiana, que se manejaban en los dos primeros siglos de cristianismo son debidas a que existieron dos vías de transmisión de los textos, una hebraizante y otra helenizante de raíz más grecolatina, que coincidieron en el tiempo y que se separaban o se unían según los textos que se pretendían fijar: *“Así pues, de la rica literatura judía de la época el cristianismo seleccionó preferentemente tres tipos de libros. Primeramente, el referido a personas prediluvianas y a patriarcas bíblicos, que permitía desarrollar una perspectiva universalista [...], para el desarrollo de su teología sobre Dios, el cosmos y la humanidad. El segundo tipo de libros es el que se refiere a figuras que constituyen un modelo ejemplar de vida en las condiciones de la diáspora entre paganos [...]. Y, finalmente, el referido a figuras escatológicas, también de alcance universal y no limitado exclusivamente a la restauración política de Israel. No conservó, por el contrario, textos legales y*

*otros de carácter más estrictamente judío.*¹³ Aquí de nuevo se observa una de las características nucleares del cristianismo, la universalidad, frente a la tendencia a lo particular del judaísmo. Dicha universalidad, que no hacía distinciones entre seres humanos, se erigió en uno de los pilares para su rápida propagación.

3.2. La faceta social

El cristianismo permaneció como una secta judaica más hasta su emancipación definitiva debida, como ya se ha apuntado, a Pablo de Tarso: para Pablo no había sacerdotes, jerarquía: todos los fieles eran sacerdotes que debían propagar la doctrina de Jesús; además todos los seres humanos, creyentes y paganos, hombres y mujeres, eran iguales ante Jesús y ante Dios, no existiendo diferencia alguna. El cristianismo ya se había extendido por la parte oriental del Imperio e incluso había llegado a Roma, propagándose fundamentalmente como un fenómeno urbano en los estratos poblacionales inferiores. Esa labor de evangelización es desarrollada por misioneros peregrinos, los apóstoles, que viajaban por diferentes tierras predicando la fe, aunque no se conoce demasiado de ellos. Durante el siglo II los cristianos estaban presentes ya en todas las provincias del Imperio y aun fuera de sus fronteras.

Así, el cristianismo engrosaba sus filas con elementos procedentes de la base de la pirámide social, como esclavos, libertos, artesanos y gente, en general, de baja condición, pero paulatinamente la situación cambió por la progresiva conversión, sobre todo, de mujeres de alta condición, hasta que ya desde el siglo II el cristianismo se hizo transversal, sumando adeptos incluso entre miembros de la *familia Caesaris*. Este papel de las mujeres también fue muy importante en el cristianismo primitivo, ya que éstas desempeñaron cargos importantes, muchos de ellos en igualdad de condiciones, o superiores, a las de los hombres. Las fuentes también apuntan a que el número de mujeres cristianas superaba al de hombres.

Una de las causas de la pronta extensión del cristianismo entre las clases bajas del Imperio fue la beneficencia, con la limosna y la asistencia al necesitado como valores máximos, tal y como Jesús expresó. El amor al prójimo se expresa desde muy pronto con aportaciones personales que se dedicaban al socorro de los más desfavorecidos y desatendidos, así como a los condenados y encarcelados por profesar la fe cristiana. También había asignaciones para las personas que ocupaban la jerarquía eclesiástica. Y aunque no se luchó por abolir la esclavitud, pues se consideraba algo natural, se contribuyó a mejorar la situación de aquellos siervos cristianos, considerados como iguales dentro de la comunidad cristiana. Sí parece que se recomendaba la manumisión de aquellos esclavos pertenecientes a amos cristianos. También se socorría a comunidades enteras asoladas por catástrofes naturales o epidemias. Todo ello además hacía crecer un estrecho vínculo de comunidad entre todos los seguidores cristianos que fortalecía la relación personal y colectiva y que reforzaba, a su vez, los beneficios de la divulgación doctrinal y el mensaje teórico. Un sólido pilar social sostenía la nueva fe.

13. TREBOLLE BARRERA, J., "La identidad de judíos y cristianos a través de los cánones de sus respectivas escrituras", MUÑIZ GRIJALVO, E., y URÍAS MARTÍNEZ, R., (eds.), *op. cit.*, págs. 57 a 87.

3.3. El choque con la oficialidad

En esta época el Imperio Romano logró su máxima extensión con una unidad administrativa, política y religiosa en todo el Mediterráneo. Con todo, la religión oficial del Imperio, la grecorromana politeísta, nunca fue impuesta, existiendo gran tolerancia con los innumerables cultos que había por todo el territorio. Pero cristianos y judíos eran monoteístas y exclusionistas: su dios es el único. Al mismo tiempo, existía ya el culto al emperador, que provocó grandes desavenencias entre los cristianos y la administración romana, ya que ésta tomaba su práctica como una prueba de lealtad de los pueblos sometidos, y los cristianos sólo adoraban a un único Hombre-Dios, Cristo. Otra de las demandas del gobierno de Roma a los cristianos fue su participación en ceremonias religiosas paganas, sobre todo la práctica del sacrificio, que simbolizaba el contrato entre hombres y dioses por el que éstos protegían a los siervos y al Estado. Al negarse a tomar parte en todos estos rituales, los cristianos pasaron a significarse entre otras muchas sectas y comunidades de manera negativa pues ponían de manifiesto su deslealtad a Roma y al emperador. Sin embargo, hasta Nerón, el cristianismo no tuvo problemas con los gobiernos imperiales; es entonces cuando se producen las primeras persecuciones¹⁴ a causa del incendio de Roma. Los Flavios fueron bastante benevolentes, aunque Domiciano persiguió mucho la causa cristiana. Con la llegada del siglo II bajo mandato de Trajano, las fuentes –Plinio el Joven– señalan que existían muchos procesos contra los cristianos, pero que el Estado no los consideraba un peligro para el poder establecido, mentalidad que se mantuvo hasta la última parte del siglo, con el giro experimentado bajo mandato de M. Aurelio y Cómodo, quienes recrudecieron la intolerancia hacia los seguidores de Jesús y su jerarquía, aversión azuzada además por sectores populares paganos, por los judíos y por algunos miembros de las capas cultas romanas que comenzaron a vislumbrar en los cristianos y sus estructuras una amenaza seria contra la integridad del propio aparato estatal. Con los Severos parece que se invirtió un tanto la situación, aunque con la llegada al poder de Decio, ya en la mitad del siglo III, la persecución vivió otro repunte en muchas provincias. Esta situación se agravó con Valeriano ya al frente del Imperio, que tomando como justificación la creencia extendida de que la crisis social y económica del Imperio estaba causada por la actitud de los cristianos para con los dioses romanos, aprovechó para perseguir duramente a la fe cristiana y a sus adeptos, con proscripciones, confiscaciones generalizadas, individuales y

14. Las persecuciones del Estado Romano a cultos religiosos no eran habituales pero tampoco se iniciaron con la represión del cristianismo. Antes ya se habían perseguido a astrólogos, magos, etc., y se había legislado contra ciertas ceremonias (*Senatusconsultum De Bacchanalibus*, 186 a. C.); los druidas también fueron perseguidos sobre todo en los siglos I a. C. y I d.C. Pero el conflicto romano-cristiano fue totalmente diferente porque los cristianos no se rebelaron nunca contra el estado (como sí hicieron los judíos), porque no cedieron nunca ante el estado (como sí se doblegaron los druidas), porque siempre se interesaron por la cultura pagana, la cultura clásica de la que sirvieron para su doctrina en diferentes aspectos y que estudiaron siempre exhaustivamente, y porque crearon una estructura jerárquica que se asemejaba a la del Estado Romano y con quien, en su mayor parte, terminaría fundiéndose a partir del siglo IV, dando lugar a algo diferente hasta entonces.

genéricas a la Iglesia, y condenas a muerte masivas, siguiendo una legislación muy restrictiva. Ésta fue derogada por el sucesor de Valeriano, Galieno, inaugurando una etapa de paz de unos 40 años que acabó violentamente con el ascenso de Diocleciano justo al principio de siglo IV, con varios edictos que obligan a todos los habitantes del Imperio al sacrificio a los dioses paganos, y establecen la purga de cristianos de las capas sociales elevadas y, en fin, la lucha contra el cristianismo como organización que ambicionaba extenderse por el Estado y su estructuras. Particularmente dura para los cristianos fue la situación en Oriente.

Estas persecuciones y la obstinación cristiana a no plegarse ante Roma también causaban admiración en la sociedad y reforzaban el sentimiento de unidad de la comunidad cristiana, por lo que, pese a los elementos apóstatas, el Estado acabó logando el propósito contrario a su intención disuasoria.

3.4. Las desviaciones de la ortodoxia

No obstante todo lo ya visto, con sus logros y sus dificultades, la cristianización es lenta pero continua y muy extendida aun con su condición de creencia no lícita. Y en parte debido a esa gran extensión que alcanza la doctrina cristiana surgen las divergencias teológicas, denominadas herejías, bajo cuyo concepto se agrupan diferentes disensiones respecto de la ortodoxia cristiana (dentro de la propia jerarquía católica la definición de herejía no estuvo nunca bien delimitada y se aplicó a diferentes individuos o colectividades con el fin de acusarlos y criminalizarlos). Esas acusaciones podían tener un carácter teológico o no, ya que no sólo se aplicaban a desviaciones en la doctrina teórica o en la práctica cultural sino a simples asociaciones al margen de la jerarquía eclesiástica. En muchas ocasiones las inculpaciones/acusaciones eran sobre prácticas mágicas, sacrificios, etc., y con el tiempo, fueron asumidas en su legislación, formulación y aplicación por la propia estructura del Estado, ya que las élites políticas imperiales, sobre todo los propios príncipes, veían en estos grupos desviados un foco de grandes problemas sociales y de estabilidad política. Por eso el estado se determinó a actuar contra ellos. Entre algunos de los principales grupos perseguidos encontramos:

- los gnósticos; la gnosis, “conocimiento”, es un sistema que parte “*de una misma concepción del mundo: el hombre es un trazo de la luz, no procede del mundo que es el reinado de las tinieblas y se encuentra preso en un ambiente hostil. [...] Sólo la gnosis, [...] permite que el hombre se libere de su desastrosa situación y vuelva a su patria anterior. La gnosis es el conocimiento del estado de extravío, de cómo se ha llegado a él y de cómo salir de él. Por ella el hombre recupera lo que originariamente era*”¹⁵. Esta creencia¹⁶ es tangencial a las religiones místicas, pues con la salvación de éstas el ser humano recobra su divinidad, lo que también la gnosis ayuda a recuperar. Esta concepción,

15. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., *op. cit.*, págs. 97-98.

16. Las fuentes gnósticas son casi en su totalidad los escritos descubiertos en 1945-46 en Nag Hamadi (Egipto), “*unas obras redactadas en griego en el siglo II [...] y que reflejan diferentes corrientes de pensamiento griego, oriental y egipcio*”, BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., *op. cit.* pág. 97.

extendida al principio sobre todo por la parte oriental del Imperio, se mezcla pronto con concepciones cristianas dando lugar a diferentes comunidades en distintas regiones. Ya en el siglo II habían alcanzado Roma, el norte de África, etc., y sus doctrinas impregnaron desde pronto elementos teológicos puramente cristianos.

- los montanistas, que pretendían volver a los orígenes del cristianismo afirmando que el fin de los tiempos estaba cerca y propugnando la práctica ascética.
- los arrianistas, seguidores de Arrio, quienes negaban el carácter divino de Cristo y divulgaban una doctrina sobre la Trinidad contraria a la establecida por la Iglesia en Nicea (325).
- los priscilianistas en Hispania, denominados así a partir del obispo de Ávila Prisciliano, cuyas prácticas ascéticas fueron condenadas por la ortodoxia oficial.

Contra estas corrientes, surgidas en épocas muy diferentes, reaccionó la Iglesia “tradicional, ortodoxa” fijando los elementos de la fe y de tradición escrita y oral que hasta entonces estaban sujetos a interpretaciones, desechando explicaciones y glosas que pudieran derivar en divergencias teóricas y de culto. La iglesia trató de fijar sus posiciones comunes según la autoridad de diferentes personalidades de esta iglesia primitiva, como Clemente, Bernabé o San Ignacio de Antioquía.

Casi por la misma época, en el final del siglo II, Alejandría se convierte en la capital intelectual del cristianismo, ya que se funda allí la primera “universidad” cristiana que alumbrará a tres de las más importantes figuras del pensamiento cristiano: Panteno, Clemente de Alejandría y Orígenes, el teórico más importante del cristianismo antes de San Agustín. Estos autores fundamentalmente trataron de aunar teorías filosóficas precedentes con el cristianismo y, a la vez, sobre todo Orígenes, combatir algunas desviaciones heréticas. Con Orígenes nace como tal la teología cristiana (aunque este autor vaya en su inmensa obra más allá de este concepto) y es también en este momento cuando comienzan a fijarse los principios de la ortodoxia cristiana. “*En las creencias del cristianismo primitivo había unos elementos fijos y otros flexibles. Los primeros eran: la fe en un único Dios Padre creador y remunerador, la fe en la providencia, la redención por Cristo y la resurrección de los muertos, la eucaristía y la revelación bíblica. [...]*”

La ortodoxia, o mejor, lo que acabó imponiéndose como ortodoxia no representa la forma inicial del cristianismo primitivo. Igualmente las fórmulas heréticas tampoco fueron más antiguas que las ortodoxas. La lucha antignóstica contribuyó en gran medida a establecer los fundamentos de la ortodoxia”¹⁷.

4. PENETRACIÓN DEL CRISTIANISMO EN EL SISTEMA IMPERIAL

En paralelo a esa línea de formación de una ideología cristiana, una doctrina apoyada firmemente en preceptos filosóficos y científicos, y no obstante la aparición

17. BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., *op. cit.*, pág. 107.

de desviaciones doctrinales sustanciales, la Iglesia también medraba como institución: los fieles crecían día a día, se organizaban y eran regidos por una jerarquía bien establecida y estructurada que además se aprovisionaba perfectamente de todo lo necesario y que, a su vez, redistribuía entre la población esos beneficios: se estaba conformando un estado dentro del aparato estatal romano, lo que la Casa Imperial no podía permitir¹⁸. De ahí las persecuciones organizadas y dirigidas no sólo contra personas o colectivos en concreto sino contra la institución eclesiástica en particular: hay condenas, proscripciones, confiscaciones de bienes, ejecuciones, etc. Pero la tendencia fue imparable.

Para el triunfo del cristianismo hubo varios elementos clave: “*la tendencia a la institucionalización, que se plasmó en una estructura fuerte; y la mezcla entre el rigorismo judío y el lenguaje intelectual griego –no sólo por las posibilidades que suponía de cara a las capas altas de la población–, sino, sobre todo, porque se incorporaron elementos que no estaban en el judaísmo, como la divinización de un ser humano, y que conectaron al cristianismo con las corrientes espirituales de la época;*”¹⁹ era la figura de Jesús que había venido entre los hombres y, sacrificándose por ellos soportando un terrible castigo, había resultado vencedor finalmente: se trataba del ejemplo a seguir, cercano y digno de ser amado y respetado, además de haber sido real, histórico. Todo ello hacía al cristianismo una religión más cercana y atractiva, con una relación divinidad-persona más trascendente –lo que era también novedoso–, más inclusiva y que se basaba en el amor, en la complicidad y en el respeto a la ley; era una experiencia más enriquecedora que el paganismo o el neoplatonismo.

Así, otro de los pilares fue su condición de religión de amor, con un dios supremo que siempre perdona y procura el bienestar de sus siervos, al mismo tiempo que promueve entre ellos lo mismo; los dioses paganos eran mucho más distantes en su relación con sus siervos.

Además, el cristianismo hacía profesión de fe, y los cristianos tenían a gala serlo, manifestarlo, demostrarlo, frente a otros ritos y cultos que no tenían necesidad de ello y realizaban solo aquello que demandaba esa creencia (exvotos, sacrificios, ritos, fiestas, etc.). El creer era absolutamente necesario, igual que el no creer en los demás dioses o cultos. Casi indisoluble a esto, indisociable, es la creación de esa iglesia, esa jerarquía que marcó casi desde el inicio la ruta común a toda la comunidad de creyentes: “*El cristianismo era asimismo una contrasociedad casi completa, que redistribuía la riqueza mediante la limosna. Había engendrado toda una literatura religiosa. El paganismo no era más que una religión; el cristianismo era además una creencia, una espiritualidad, una moral y una metafísica, todo ello*

18. En las primeras décadas de cristianismo, éste ya detectó que era indispensable para su expansión la propia existencia del Imperio Romano que habría de funcionar como vehículo y canal de comunicación de aquél; se limitó a seguir esa premisa.

19. MUÑIZ GRIJALVO, E., y URÍAS MARTÍNEZ, R., (eds.), *op. cit.*, pág. 287.

*bajo una autoridad eclesiástica.*²⁰ Y esa autoridad jerarquizada y organizada a un nivel global –aunque tardó siglos completar su formación, su génesis– también era una novedad. Cuando Constantino se convierta y oficialice la Iglesia, oficializará de la misma manera esa profesión de fe, ese exclusivismo y ese proselitismo, esa pretendida universalización del cristianismo, hecho tampoco atribuido a ninguna otra religión anterior salvo al judaísmo en momentos puntuales. Se dará, pues, un avance decisivo: el cristianismo había pasado de ser una secta a convertirse en una religión.

*“El cristianismo triunfó porque respondía mejor a las necesidades individuales generadas por un Imperio de dimensiones gigantescas. A la vez, porque tenía capacidad para acoger en su seno a grupos sociales difícilmente socializables (mujeres, esclavos, extranjeros). Porque se había convertido en la mejor opción religiosa para sustentar la estructura imperial, carente de una ideología acorde a sus propósitos. O porque obviamente las demás religiones habían fracasado en todos aquellos intentos.”*²¹

El proceso de cristianización, sobre todo en la parte occidental del Imperio²², se llevó a cabo de manera diferente según las zonas y las épocas, e influyeron muchos factores y agentes; con todo, hay una serie de características comunes que resultan fundamentales:

- la destrucción por medio de la violencia de cultos, prácticas y templos y santuarios paganos, y que normalmente aparejaba la construcción o reutilización de

20. VEYNE, P., *El sueño de Constantino. El fin del imperio pagano y el nacimiento del mundo cristiano*, Barcelona, Ediciones Paidós, 2008, pág. 51.

21. MUÑOZ GRIJALVO, E., y URÍAS MARTÍNEZ, R., (eds.), *op. cit.*, pág. 276.

22. Particularmente, en Hispania se ha pretendido, casi desde el comienzo, hacer depender el surgimiento del cristianismo de una sola persona, institución o comunidad, como si su origen unitario fuera a proporcionar mayor prestigio o esplendor a ese cristianismo incipiente, pero hoy cada vez más se cree que el cristianismo de las primeras comunidades peninsulares tuvo unos orígenes multiformes y variados, aunque diversas tradiciones arraigadas como la del Apóstol Santiago propagaran otros hechos y, además, muy tempranos. *“Son diversas ciudades de varias provincias del Imperio romano [sobre todo en Occidente] las que, gracias a la presencia en ellas de cristianos procedentes de las más variadas regiones del imperio, ven nacer y desarrollarse en su seno comunidades cristianas, que sólo con el transcurso del tiempo se van relacionando cada vez más unas con otras, van integrándose en estructuras que superan las estrictamente urbanas y van homogeneizando sus doctrinas, sus costumbres y sus ritos. [...] También a nuestra Península arribaban tales posibles portadoras del cristianismo procedentes de Siria, de Egipto, de Roma, del norte de Italia, del sur de las Galias o del norte de África. He aquí los orígenes, no el origen, del cristianismo hispano.”* (SOTOMAYOR MURO, M., “La llegada del cristianismo a la Península: datos históricos y explicaciones tardías.”, MUÑOZ GRIJALVO, E., y URÍAS MARTÍNEZ, R., (eds.), *op. cit.*, págs. 230-231).

Posteriormente, en el tránsito del siglo III al IV, el cristianismo en Hispania aparece como embrionario y radicado fundamentalmente en los núcleos urbanos y sin apenas extensión a zonas rurales; y su jerarquía tampoco se muestra muy articulada y en funcionamiento. Un siglo más tarde, esa situación se había modificado en gran medida, con una estructuración de la jerarquía eclesiástica más sistemática y, sobre todo, más extensa. Este armazón de poder episcopal ayudaría al asentamiento después de los reinos godos. Por otro lado, las distintas sedes episcopales se disputarían frecuentemente entre sí diversos territorios con los que ampliar su poder económico, territorial y, en consecuencia, político, en una serie de pugnas a medio camino entre la lucha doctrinal y la lucha por el poder; (este tipo de enfrentamientos quizá también estarían en el fondo de la querrela priscilianista). En muchas ocasiones estas facciones episcopales eran herederas (frecuentemente aun con lazos familiares) de las antiguas aristocracias y oligarquías municipales romanas, y asumieron incluso el poder de defensa de los núcleos urbanos ante la debilidad de las autoridades tardoimperiales, logrando así atraer grandes focos de población a la fe cristiana.

- iglesias o monasterios cristianos que albergan a los propios agentes evangelizadores, y cuyo ejemplo más destacado sería San Martín de Tours en la zona gala;
- la reelaboración del paganismo, que no buscaba la destrucción de los elementos gentiles sino la reinterpretación y reaprovechamiento de los mismos en beneficio de la nueva fe, y todo ello además comenzando la evangelización desde las capas elevadas de población, dirigentes, aristocracia..., para que actuaran como ejemplo a imitar y como guardianes y garantes de la nueva fe al ser estos círculos sociales los verdaderos detentadores del poder real, efectivo, en los que los agentes evangelizadores debían apoyarse, y cuyos ejemplos más significativos serían las figuras de Gregorio Magno, San Agustín o Paulino de York en diferentes zonas de las Islas Británicas;
 - y, por último, la misión evangelizadora basada en una labor pedagógica que explicara perfectamente la fe y práctica cristiana en aquellas regiones en que, aunque ya se encontraban cristianizadas, todavía convivían igualmente prácticas paganas o bien las prácticas cristianas no seguían la ortodoxia oficial, sin desviaciones, por lo que era necesario distinguir o aclarar unas situaciones de otras, cuyos ejemplos destacados serían Martín de Braga o Cesáreo de Arlés.

5. CONSTANTINO REFUNDA EL IMPERIO ROMANO

Durante la época imperial encontramos dos momentos decisivos encarnados en dos personalidades subyugantes, Augusto y Constantino. El primero puso en marcha la maquinaria imperial, acumulando todos los resortes del poder civil, militar y religioso en su persona, inaugurando una nueva etapa en la historia de Roma que habría de perdurar varios siglos. La labor política, social y legislativa que Augusto llevó a cabo sólo es comparable a la realizada por Constantino tres siglos después, en sendos períodos que algunos historiadores han venido calificando de revolucionarios, tanto por lo que de cambio conllevaron en su propio tiempo como por el establecimiento de un estatus que se mantendría durante largo tiempo. Como muestra, un dato: al principio del siglo IV se cree que sólo entre un 5 y un 10% de la población total del Imperio (unos 70 millones de personas) era cristiana. Pero durante ese siglo entra en juego Constantino, comenzando un proceso que terminará con la conversión total de toda la romanidad en el siglo VI.

En el caso de Constantino, su propia conversión al cristianismo y la aceptación de la Iglesia como institución que habrá de regir el culto religioso suponen un cambio tan profundo en comparación a la estructura anterior que da pie, pues, a hablar de un tiempo nuevo. La proverbial permisividad (y sincretismo en muchas ocasiones) de cultos en el Imperio Romano, con la convivencia en la mayor parte de las veces de deidades y cultos muy diversos, era incompatible absolutamente con el monoteísmo cristiano. Hasta entonces sólo el caso de los judíos había sido comparable pero estaba localizado en un punto geográfico; los cristianos no, ya que sus adeptos habían crecido por todas las regiones sin detenerse. *“Sin una revolución ideológica y política que rompiese la cadena cerrada que formaban política, vida, patria, estado y religión en una especie de estructura circular eternamente*

recurrente (nunca lineal) sería imposible la aceptación en la vida romana de esos irreductibles cristianos. [...] Esa revolución es la que se produjo a consecuencia de la conversión de Constantino."²³

La conversión de Constantino se vio favorecida por los antecedentes familiares: a su madre Helena se la ha considerado cristiana en muchas fuentes aunque este hecho no es muy seguro; con todo, las fuentes cristianas la tratan con respeto y admiración; su padre Constancio tampoco era cristiano aunque sí monoteísta, devoto de *sol invictus*, religiosidad claramente monoteísta. Esa religiosidad monoteísta parece que fue adoptada por los componentes de la tetralogía diocleciana (quizá arranque ya con emperadores anteriores) y podría ser que Constantino se decidiera por adoptar como su deidad protectora particular al dios de los cristianos. Pero como en casi todas las conversiones, además de la natural inclinación que parecía sentir el emperador hacia la confesión cristiana, el hecho o suceso que convenció totalmente al emperador fue la visión²⁴ antes de la batalla de Puente Milvio contra Majencio, por la que definitivamente pasó a profesar la fe cristiana y que es un episodio finalmente aceptado por los historiadores. A partir de entonces, son varias las ocasiones en que Constantino declarará su propia conversión y cómo se produjo, rindiendo culto a Cristo desde ese momento.²⁵

Surge la dualidad del "Estado cristiano" frente al Estado político propiamente dicho del Imperio²⁶, y Constantino deberá regir ambos. Por ejemplo, la Iglesia tenía

23. FONTÁN, A., "La revolución de Constantino", CANDAU, J. M., GASCÓ, F., y RAMÍREZ DE VERGER, A., (eds.), *op. cit.*, p. 119.

24. La revelación de noticias, hechos o decisiones que influirán en el futuro mediante sueños fueron muy habituales en todo el mundo antiguo, convirtiéndose incluso en una suerte de instrumento adivinatorio. *Vid.* pág. 9.

25. El origen, las raíces de esa conversión han sido muy debatidos pero en ella convergen multitud de razones: audacia, modernidad, cálculo político y social, verdadera creencia, providencia, vanguardismo, visión de futuro, etc., pero todas aglutinadas por la creencia de llevar la verdadera religión al triunfo al mezclarla con el aparato imperial: el cristianismo era la respuesta, la nueva respuesta a todo, y si no se seguía, si el imperio continuaba entregado al paganismo, éste sucumbiría y acabaría arruinado. En las últimas décadas se tiende a pensar que se trató de una conversión sincera, real, en la que, a la luz de los textos, el emperador se atribuye un papel decisivo en la redención de la humanidad transformándose en un instrumento divino. Constantino, como cabeza de este estado que debía seguir la providencia divina para garantizar su prosperidad, opera el cambio de su propia fe interna y asocia el éxito de su imperio al suyo propio, y ambos, al designio divino favorable. Con todo, la conversión al cristianismo del emperador al principio fue de puertas para adentro, personal, sin influencias en la esfera pública más allá de símbolos o crismones que ya otros emperadores ostentaron (Augusto, Heliogábalo...). Sin embargo, después de su victoria definitiva comenzó a tomar una serie de decisiones que favorecerían el fortalecimiento, extensión y enriquecimiento de la Iglesia y que la terminarían convirtiendo en una institución al lado del Imperio. Y Constantino, conscientemente, en ese momento, se convierte en jefe de sendas entidades, no mezclándolas pero quedando ambas bajo su mando, como demuestra el papel activo que jugó, por ejemplo contra los donatistas, en sínodos, concilios, en aspectos doctrinales y teológicos, etc.

26. Al institucionalizarse el cristianismo en el siglo IV, la jerarquía católica comienza a marcar la vida política y social del Imperio y desde la iglesia se marcan pautas de comportamiento y compromisos que afectan a todos los estamentos sociales incluido el propio emperador. En contrapartida, los emperadores, al ser los garantes de la estabilidad y la paz en el territorio romano, se arrogan igualmente el derecho a participar, condicionar o imponer decisiones a los obispos o el Papa incluso en materias de fe u ortodoxia. Ante esas injerencias mutuas entre poder político y poder religioso surgió en Egipto primero para después extenderse hacia el oeste (y con raíces, al parecer, muy antiguas), una forma de vida bien individual, bien colectiva, tendente al recogimiento, la oración y el abandono de prácticas mundanas y materiales que poseía

órganos de gobierno, asambleas y tribunales con representantes de todas las regiones y provincias del Imperio, instituciones que el propio imperio no poseía; pero éste sí reconocía la legitimidad e independencia de aquellos, en un poder establecido dentro del estado pero al margen de éste. Constantino supo guardar las formas con ambas esferas²⁷ y, a la vez, el equilibrio con los poderes paganos que todavía eran numerosos y poderosos en muchas partes del Imperio, sobre todo en la occidental.

Tradicionalmente se había impuesto desde siglos atrás la idea de que con Constantino se produjo el inicio de un proceso de decadencia de la Iglesia en costumbres y en prácticas que se alejaban de los usos inmediatamente posteriores a la muerte de Jesús –piedad, perdón, asistencia al necesitado, apego a la sociedad civil y austeridad–. Pero esta idea ha sido refutada en las últimas décadas por la teoría de que Constantino no comenzaría un proceso sino que culminaría otro: de una “iglesia de mártires” preconstantiniana no se pasó a una iglesia relajada en costumbres y mundana, sino que algunos malos hábitos (enriquecimiento desproporcionado de los obispos, pugnas entre hombres de iglesia por la asunción de cargos eclesiásticos a través de maniobras torticeras de todo tipo, establecimiento de dinastías episcopales que pasaban de padres a hijos poder, riquezas y cargos, etc.) ya se habían establecido, institucionalizado en el seno de la iglesia desde el siglo II, a semejanza además del funcionamiento normal del entramado del estado civil imperial y sus cargos; así se demostraría “*la profunda integración que la iglesia había alcanzado en la sociedad romana y hasta qué punto la figura del obispo se había adecuado a la de los altos magistrados y funcionarios civiles.*”²⁸ Constantino supo advertir todo este proceso y con él “*se inició una concepción de la Iglesia y el imperio según la cual la Iglesia no es una institución separada del Estado, sino que constituye un elemento de una sociedad cristiana en el marco de un único Imperio al frente del cual está el emperador elegido por Dios y, en cierta medida, representante suyo en la tierra.*”²⁹

El emperador ya no es un dios pero su poder y el del sistema imperial provienen de Dios, le han sido concedidos por Dios, inaugurando un sistema de gobierno sacralizado, vigente durante siglos. Emperador e Imperio son meros instrumentos de Dios. Y ese paso que dio Constantino, el sancionar la libertad de culto en el famoso Edicto de Milán de 313³⁰ y el dar a la Iglesia cobijo en la estructura del Estado, mo-

un marcado carácter ascético. La jerarquía eclesiástica, ante algunos problemas que provocaban dichas formas del entender la religiosidad al chocar con algunos hábitos más terrenales, se dispuso rápidamente a regular su acción dando lugar al monacato cristiano, pequeñas comunidades que vivían en retiro y que pronto fructificarán en los primeros monasterios.

27. Seguimos aquí la terminología de A. Fontán, *vid.* nota 23.

28. TEJA, R., “De la persecución al triunfo de la Iglesia: obispos e instituciones”, MUÑIZ GRIJALVO, E., y URÍAS MARTÍNEZ, R., (eds.), *op. cit.*, pág. 187.

29. TEJA, R., *op. cit.*, pág. 195.

30. Ese Edicto que la tradición histórica ha atribuido a Constantino tiene su origen unos años antes y no sería genuino del emperador, “...*pues la tolerancia estaba establecida hacía dos años y, después de su victoria en el puente Milvio, Constantino no tuvo necesidad ninguna de promulgar un edicto en tal sentido. El final de la persecución era un hecho en principio desde el edicto de tolerancia de Galerio (en Sárdica o Nicomedia, 30 de abril de 311...).* [...] Ese edicto, promulgado por el Primer Augusto, era teóricamente válido para todo el Imperio y sus cuatro imperatores, y fue aplicado por Constantino en Galia

dificó plenamente la historia de la propia Iglesia, del propio Imperio y, por extensión, del mundo y de la civilización occidental.

Pese a todo lo anterior y desde ese momento, Constantino ni hizo del paganismo una religión proscrita ni exterminó a sus seguidores; *simplemente* lo despreciaba e ignoraba, potenciando a su vez la *religión verdadera* y apoyando resueltamente a su jerarquía. Mas intentando establecer un equilibrio mesurado y pacífico entre ambas religiones. Constantino era sabedor de que regía un imperio pagano, por la inmensa mayoría de población que era pagana y también por sus instituciones, con lo que siguió acuñando moneda, levantando templos –también muchas iglesias–, fundando ciudades, etc., es decir, siguió un programa imperial pagano al uso. No intentó convertir a la fuerza a la población porque eran mayoría y habría resultado contraproducente. Ese carácter doble, pagano-cristiano se mantendría hasta la última década del siglo IV, aunque paulatinamente se fueron prohibiendo los sacrificios, las prácticas adivinatorias, potenciando por contra el domingo como descanso general, el funcionariado cristiano, etc.

Y pese al ascenso imparable del cristianismo en el aparato administrativo del Imperio y aun en este mismo, esa tendencia se interrumpió y casi se trunca definitivamente con Juliano, sobrino de Constantino, que tratará de volver al paganismo y acabar con el cristianismo, y con la muerte de aquél, cuando en vez de emperadores cristianos se podía haber aupado al poder a príncipes paganos. Juliano decretó la libertad de culto, por lo que el paganismo volvía a practicarse sin restricciones pero también las sectas y desviaciones cristianas; igualmente favoreció que los paganos ocuparan el funcionariado municipal y estatal, ayudó materialmente al paganismo con contribuciones a templos, sacerdocios, impidiendo por ley a los cristianos ser profesores, etc. Muchos de estos aspectos los realizó copiando estructuras cristianas ya existentes (lo que da idea de lo arraigada que ya estaba dicha creencia) pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles e incapaces ante la fuerza y la vitalidad del cristianismo. En un tránsito histórico de consecuencias ingentes para la posteridad y aun con cambio dinástico, los posteriores sucesores de Juliano, con excepción del pagano Arbogasto en Occidente que aupó y manejó el breve reinado de Eugenio, fueron todos cristianos y el nuevo rumbo quedó fijado finalmente. Teodosio, ya en 392, prohibió todo culto pagano, visitar los templos y los sacrificios bajo pena de

[antes de asumir el Imperio en su totalidad] e incluso por el usurpador Majencio en Italia y en África. Pero en Oriente, Maximino Daia eludió su aplicación, hasta su derrota tras los ataques de Licinio. En cuanto al supuesto 'edicto' de Milán no fue sino un mandatum, una epistula que contenía instrucciones complementarias destinadas a los altos funcionarios de las provincias, a resultas de una resolución tomada de común acuerdo en Milán por Constantino y Licinio. [...] Cabe decir, en resumidas cuentas, que esas instrucciones complementarias completan no un 'edicto de Milán', sino el edicto de tolerancia de Galerio de 311; [...] es preciso completar este edicto de 311, pues el acuerdo de los dos Augustos en 313 preveía la restitución a las iglesias de todos los bienes que los perseguidores les habían arrebatado, de ahí los mandata de instrucciones complementarias cuyo texto han conservado tanto Lactancio como Eusebio. [...] La hagiografía constantiniana ulterior hizo de este acuerdo cerrado en Milán y de las instrucciones complementarias un edicto en toda regla, cuyo mérito correspondería en exclusiva a Constantino. No deja de ser cierto que a él le corresponde la iniciativa [...].” VEYNE, P., *op. cit.*, págs. 212-213.

muerte, y en 394 derrotó a Arbogasto: definitivamente el cristianismo pasaba a ser la religión estatal y única permitida. (Pese a lo anterior, el paganismo no fue erradicado y, principalmente en Oriente, permaneció latente durante varios siglos más en capas letradas de población, aunque eran ignoradas desde el poder.)

*“En resumen, la cristianización del mundo antiguo fue una revolución que tuvo como detonante a un individuo, Constantino, cuyos móviles eran exclusivamente religiosos. No hubo en ello nada necesario, ni ineluctable ni irreversible. El cristianismo empezó imponiéndose a todos porque Constantino, sinceramente convertido, lo favoreció y apoyó, y porque dicha religión estaba eficazmente organizada en una iglesia.”*³¹

Con todo, el proceso de cristianización no terminó ahí, como demuestran los complejos concilios de Éfeso, 431, y Calcedonia, 451, que trataron diversas disensiones en cuanto a organización de la Iglesia y, sobre todo, en cuanto a materia doctrinal, con el profundo debate acerca del monosofismo de Cristo que desembocó en una insalvable división entre Iglesia Oriental y Occidental y que tenía como trasfondo el pulso por el poder episcopal y su ascendencia sobre el poder imperial. Esta no fue la última disputa ni el último siglo que albergó conflictos y disensiones pero su tratamiento aquí, creemos, excede los límites del trabajo y de nuestra capacidad.

6. SÍNTESIS CULTURAL DE ELEMENTOS GRECORROMANOS Y CRISTIANOS

6.1. La síntesis cultural

Cuando el cristianismo toma fuerza y se asienta a partir del siglo II, comienza a confeccionarse una literatura cristiana que normalmente va a ocuparse de la defensa de esa fe ante los ataques paganos. Desde casi esas primeras épocas, los escritores cristianos asimilan y usan la cultura pagana ya que su educación suele ser con textos y autores clásicos, es decir, es la educación pagana tradicional en latín clásico; por ello, elaborarán la defensa del cristianismo con obras que siguen estructuras, lenguaje, formas y géneros paganos, y ejemplifican con explicaciones tomadas también de la tradición clásica. Y aquí es donde reside la pervivencia y transmisión de esa tradición, que insemína la propia doctrina cristiana desde su mismo origen. Esto tenía otra explicación añadida, la de que así la apología se realizaba en unas formas accesibles también para los intelectuales paganos que atacaban el cristianismo: además de la feligresía cristiana, los receptores de estas ideas eran también paganos educados en esa formación clásica y con los que habían entrado en disputa. De esta manera, los escritores cristianos asimilan primero ese bagaje pagano y lo sintetizan después con la doctrina cristiana, dando lugar a un producto nuevo que será la base teológica de esa fe.

En el tránsito del siglo II al III, la doctrina cristiana alcanza las capas altas de la sociedad y de los primeros apologetas a los eruditos autores del siglo III la diferencia de nivel cultural es grande en favor de éstos últimos. Así, alguno de los principales nombres de estos defensores de la fe cristiana son: Tertuliano, gran rigorista cristiano

31. VEYNE, P., *op. cit.* pág. 153.

que adapta mucho vocabulario técnico existente dotándolo de un significado cristiano (*fides, sacramentum, saeculum...*) e importa muchos helenismos (*ecclesia, clerus, evangelium...*); Minucio Félix, que como por ejemplo en su *Octavius*, un dialogo filosófico, toma géneros grecolatinos para propagar su doctrina cristiana exponiendo las ventajas y desventajas de su religión; o Lactancio, apodado el Cicerón cristiano por la excelente utilización del lenguaje y estilo del arpinate que despliega en su obra. Posteriormente el cristianismo alumbró también literatura filosófica: así hacen Justino, que pergeña un sistema filosófico cristiano a imitación pagana, Clemente, erudito asentado en Alejandría que intentó armonizar filosofía pagana y cristianismo y probar que el cristianismo (con Moisés) era anterior a la cultura griega, para darle preeminencia y ascendencia a aquél sobre ésta, o San Agustín, ya posterior y que será una de las personalidad más importantes de esta teología cristiana de los primeros siglos al sistematizar la materia con una destacable base filosófica griega que abrirá las puertas a la venidera Edad media. Y con el tiempo, nacen otro tipo de manifestaciones como la poesía lírica, Ambrosio, Prudencio, Paulino de Nola, etc., siempre con los modelos latinos presentes. En la parte oriental del Imperio, que por supuesto escribía en griego, también encontramos al historiador Eusebio de Cesarea con un breviario de historia universal y la primera historia de la iglesia, y a los Padres Capadocios San Basilio, San Gregorio de Nisa y San Gregorio Nacianceno junto con San Juan Crisóstomo, que se ocupan de la ortodoxia, la doctrina teológica y la organización del culto y las instituciones (con estos autores en griego de calidad el plan de estudios bizantino equipará a éstos con los autores clásicos, sistema perpetuado luego durante siglos). Todos usan los instrumentos y tradiciones del pensamiento profano para disertar y hacer apología del cristianismo, y todos, formados en la *paideia* de tradición helenística basada en la gramática y la retórica, compatibilizan su fe con la tradición cultural grecorromana por lo que, en gran medida, “*el cristianismo se convierte en garantía de conservación de la cultura clásica, dentro y fuera del Imperio, y en el fundamental elemento de transmisión de esa cultura, más allá de los límites de la Antigüedad, a la civilización occidental.*”³²

En consecuencia, observamos cómo todo ese período de los primeros siglos de la era junto con la cultura helenística sentaron las bases de la cultura y civilización occidentales en las que nos seguimos apoyando para nuestro desarrollo diario. Aunque refiriéndose estrictamente al Imperio Romano, así de claro lo expresa también la historiadora Mary Beard, en una afirmación que podemos hacer extensible al mundo antiguo y al cristianismo: “*La antigua Roma es sumamente importante, por lo que ignorar a los romanos no es solo dar la espalda al pasado remoto, ya que Roma todavía contribuye a definir la forma en que entendemos nuestro mundo y pensamos en nosotros, desde la teoría más elevada hasta la comedia más vulgar. Después de 2.000 años, sigue siendo la base de la cultura y la política occidental, de los que escribimos y de cómo vemos el mundo y nuestro lugar en él.*”³³

32. ROLDÁN HERVÁS, J. M., *Historia de Roma*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995, pág. 498.

33. BEARD, M., *SPQR. Una historia de la antigua Roma*, Barcelona, Ed. planeta, 2016, pág. 15.

6.2. La síntesis religiosa

Pero todo ese proceso de simbiosis entre acervo pagano y doctrina cristiana no *solo* se limitó a la literatura (apologética o no) y al ámbito teologal sino que igualmente operó en el sistema ritual, cultural y, en fin, estructural del sistema cristiano. Por ello, el proceso anterior y la herencia pagana se manifiestan también, por ejemplo, en el conjunto de santos que recogen funciones y atributos del sistema divino pagano de las antiguas divinidades menores, las advocaciones de la Virgen con la misma función, o los ritos cristianos de los exvotos o promesas, continuados del sistema pagano. Además, los conceptos de muerte salvífica, de revelación divina por medio de mensajeros, sueños, apariciones, etc., o de resurrección ya estaban presentes en muchas otras religiones (la mayoría de origen oriental) de ese tiempo, y el cristianismo no las adoptó o heredó pero se vio favorecido en su asunción por estar ya habituados a estos elementos muchos sectores de la población del Imperio. Todo ello también fue aprovechado por los escritores cristianos en su apología culta.

En los rituales la herencia pagana es más visible, a tres niveles generales: se cristianizan el calendario (tiempo), los lugares y templos (espacio) y las formas de relacionarse con la divinidad. Ejemplos de esto serían la coincidencia de la resurrección de Cristo con el renacimiento del ciclo agrícola, la destrucción de los templos paganos y posterior levantamiento de iglesias, o la reutilización del léxico teológico existente adaptándolo a nuevos significados cristianos. Lo mismo ocurrió con la muerte y la relación con el cadáver: el paganismo promulgaba la contaminación de todo y todos los que entraban en contacto con un cuerpo de una persona muerta, los cuales debían purificarse mediante varios ritos para reinsertarse en la comunidad de nuevo; frente a ello, el cristianismo fue extendiendo la idea de la no aversión y la disminución del temor frente a un cadáver, llegando a sacralizar los cuerpos, y constituyendo así una experiencia muy novedosa frente a lo anterior y que llegaría hasta la veneración de restos humanos como, por ejemplo, las reliquias de mártires y santos, cuyo contacto físico directo sanaba o protegía. La cristianización había sido totalmente eficaz.

Por lo tanto y a muy grandes rasgos, se dan dos procesos fundamentalmente, la continuidad entre lo pagano y lo cristiano, o la cristianización, en la que no hay continuidad sino cambio de lo anterior al nuevo sistema cristiano. Este segundo proceso podía seguir dos caminos: la readaptación y cristianización del elemento pagano o su negación y sustitución por un nuevo concepto cristiano. Normalmente, en ambas posibilidades además se construía un discurso teórico cristiano que apoyaba o fundamentaba la instrumentalización. Por ello, el cristianismo desarrolló un *corpus* teórico que pretendía regular todos los aspectos de la vida de sus fieles y dicho *corpus* se distribuía rápidamente por todas las comunidades cristianas y poseía casi instantáneamente total autoridad entre sus acólitos. Hoy en día, la Iglesia utiliza el mismo procedimiento para estas prácticas.

BIBLIOGRAFÍA

- BEARD, M., *SPQR. Una historia de la antigua Roma*, Barcelona, Ed. planeta, 2016.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., *El nacimiento del Cristianismo*, Madrid, Síntesis, 1990.
- BRAVO, G., *Historia de la Roma antigua*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.
- CAMERON, A., *El mundo mediterráneo en la Antigüedad Tardía (395-600)*, Barcelona, Ed. Crítica, 1998.
- CANDAU, J. M., GASCÓ, F., y RAMÍREZ DE VERGER, A., (eds.), *La conversión de Roma. Cristianismo y Paganismo*, Madrid, Ediciones Clásicas, 1990.
- DODDS, E. R., *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino*, Madrid, Ed. Cristiandad, 1975.
- FONTÁN, A., *Humanismo romano*, Barcelona, Ed. Planeta, 1974.
- HIGHET, G., *La tradición clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental, vol. II*, México D. F., Fondo de cultura económica, 1978.
- HOWATSON, M. C., *Diccionario abreviado de la Literatura clásica*, Madrid, Alianza, 1999.
- JAEGER, W., *Cristianismo primitivo y paideia griega*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1965.
- MOMIGLIANO, A., *De paganos, judíos y cristianos*, México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1992.
- MOMIGLIANO, A. y otros, *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Madrid, Alianza Editorial, 1989.
- MUÑIZ GRIJALVO, E., y URÍAS MARTÍNEZ, R., (eds.), *Del Coliseo al Vaticano. Claves del cristianismo primitivo*, Sevilla, Fund. J. M. Lara, 2005.
- MURGIA, M., *Y la Iglesia inventó a la mujer*, Barcelona, Salamandra, 2012.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M., *Historia de Roma*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995.
- STROH, W., *El latín ha muerto, ¡viva el latín! Breve historia de una gran lengua*, Barcelona, Ediciones del subsuelo, 2012.
- SUÁREZ BILBAO, F., *De Jerusalem a Roma. La historia del judaísmo al cristianismo (de 272 a. C. a 392 d. C.)*, Madrid, Ariel, 2006.
- VEYNE, P., *El sueño de Constantino. El fin del imperio pagano y el nacimiento del mundo cristiano*, Barcelona, Ediciones Paidós, 2008.